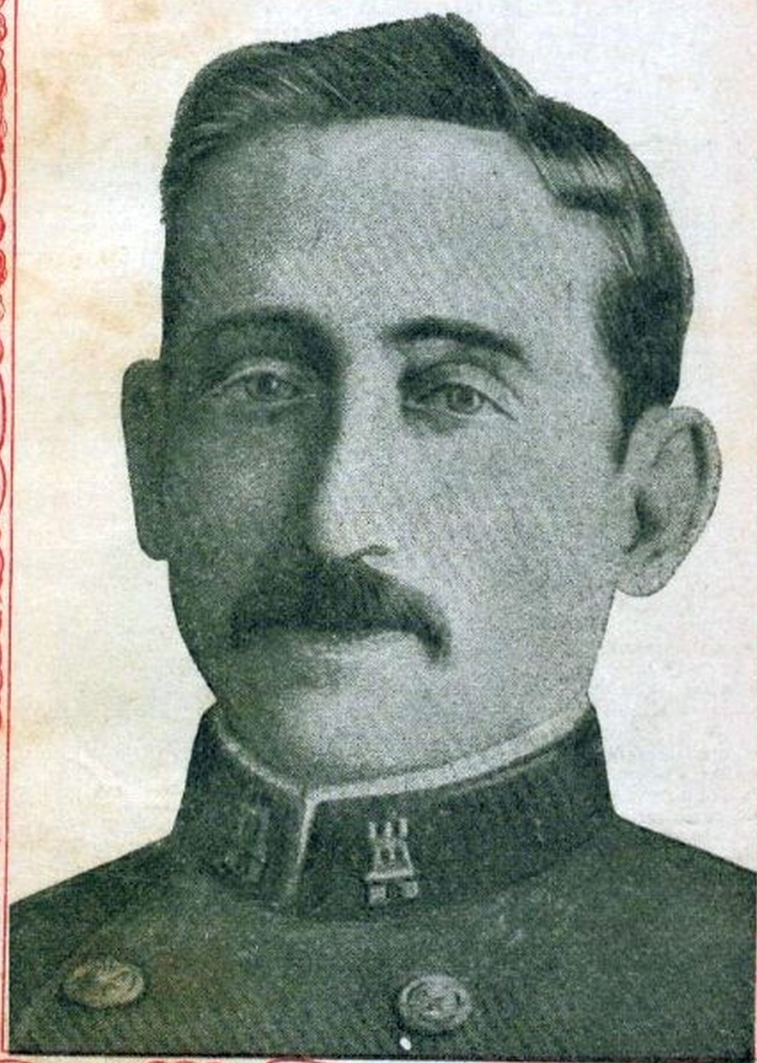


AÑO II - BUENOS AIRES, MAYO 13 DE 1918 - Nº 26

LA NOVELA SEMANAL



LA DIVA
POR
EL MARQUES DE ATELA

PRECIO: 10 Centavos

Médicos neoyorkinos explican por qué recetan "Hierro Nuxado"

MÁS DE TRES MILLONES DE PERSONAS
LO ESTÁN USANDO ANUALMENTE



El doctor Sauer, médico bostonia- no que ha estudiado en instituciones europeas y americanas, dice: "Cien veces he dicho ya que el hierro orgánico es el mayor de los vigorizantes. Si la gente arroja lejos de sí las medicinas de patente y los corrientes nauseabundos y tomase Hierro Nuxado, tengo la convicción de que se salvarían miles de vidas que año se pierden por pulmonía, gripe, tisis, desórdenes de los riñones, hígado, corazón, etc. La causa real y verdadera que originó esas enfermedades no fué otra que una debilidad constitucional traída por falta de hierro en la sangre.

No ha mucho se me presentó un individuo de cerca de cincuenta años para que lo examinase, pues quería asegurarse la vida. Me sorprendió con la presión de sangre propia de un muchacho de veinte, con el vigor, el ánimo y la vitalidad de un joven; en realidad, era un joven, a despecho de sus años. El secreto, me dijo, consistía en estar tomando hierro, Hierro

Nuxado, que le había inundado de nueva vida. A los 30, era enfermizo; a los 40, ya no podía consigo, y ahora, a los 50, después de haber tomado Hierro Nuxado, era un milagro de vitalidad con todo el verdor de la juventud.

El hierro es absolutamente necesario para que la sangre pueda cambiar el alimento en tejido vivo. Sin hierro, no importa cuanto se coma o lo que se coma, el alimento pasa por el cuerpo, sin provecho alguno, sin fortalecer, dejándole debilitado, pálido, enfermizo, lo mismo que una planta tratando de crecer en suelo desprovisto de hierro".



El doctor Schuyler C. Jaques, cirujano externo del hospital de Santa Isabel, en Nueva York, dijo: "Es la primera vez que trato de medicina fuera de una obligación, o que hablo para publicidad, pues no suelo creer en ello. Mas en el caso del Hierro Nuxado, creería faltar a mi deber si no lo mencionase. Yo mismo lo he tomado y lo he dado a mis pacientes, con resultados sorprendentes y satisfactorios. Y los que quieran aumentar su energía, vigor y resistencia, hallarán que es un remedio notabilísimo y prodigiosamente eficaz."

PARA INFORMES: L. F. MIIANTA — RIVADAVIA 1255 - Bs. As.

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLOREDA 248 - Buenos Aires — U. T. 918, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARDONELLI, calle 48, Núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Rio 4.º: NICOLAS GULFO.

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante
de los mejores escritores argentinos

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2.ª edición.
2. La huérfana, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria), 2.ª edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta (agotada), en reedición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 3.ª edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Paquína, de Ricardo Rojas, en reedición.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros (agotada), en reedición.
8. El café de ébano, de Alejandro Sux (agotada), en reedición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instituto, de Pedro Sondereguer, 3.ª edición.
11. La evasión, de Benito Lynch (agotada), en reedición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charraa.
13. El hábit de Naranyan, de Carlos Muzzio Saenz Peña.
14. Explotación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Platón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La Esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la semilla, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sondereguer, 1.ª parte (agot.)
" " " " " " 2.ª " "
" " " " " " 3.ª " "
21. El tul violeta, de la Sra. de R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Attilio Chiappori.
23. El novato del Avul, de Juan José de Souza Reilly.
24. Holocausto, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.

Aun enfermizos e inquietos los niños encuentran el Jarabe de Higos "California" agradable al paladar.

Si los niños están febriles, biliosos o estreñidos, deles inmediatamente un laxante de fruta

No regañe al niño inquieto y malhumorado.

Vea si tiene sucia la lengua; esta es la señal evidente de que el estómago, hígado y los intestinos del niño están obstruidos con las heces.

Cuando los niños están indiferentes, pálidos, febriles, tengan resfriado, el aliento fétido, mal de garganta, no comen, duermen ni se portan bien; si tienen dolores de estómago, indigestión, o diarrea, deles una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas hará expeler todas las heces, las bilis ácidas y el alimento fermentado de los intestinos, y el niño estará bien y contento otra vez. Los niños encuentran muy agradable al paladar

este "laxante de fruta", y las madres pueden estar tranquilas después de dárselo, pues siempre limpia interiormente los órganos, al propio tiempo que los alivia.

¡Madres, ténganlo siempre a la mano! Un poco que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale al boticario una botella de Jarabe de Higos "California", encontrará las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Acuérdesse de que hay otros Jarabes de Higos falsificados, así, pues, fíjese bien en que el que usted compre tenga el nombre de "California Fig Syrup Company". Devuelva cualquier otro jarabe de higos.

Para informes: L. F. MILANTA — Rivadavia 1255 - Bs. As.

SI SUFRIS TOMADLOS INMEDIATAMENTE



EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DIRECCION:
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ:

N. 27 **HIPODROMO**, del distinguido poeta
y diputado nacional **MARIO BRAVO**, obra en la cual
su autor estudia un fenómeno colectivo de interés palpitante.

LA DIVA

POR

EL MARQUÉS DE ATELA

I

La clausura de la temporada congregaba en la elegantísima sala de La Opera a un público, pocas veces visto... ;menuda tarea la de los cronistas en la descripción de tanto traje, tanta alhaja... y, en la sencilla enumeración de nombres y apellidos!

Buen negocio el realizado por la empresa aquel año, cuyo recuerdo perduraría; por el elenco traído de Europa, astros y estrellas de primera magnitud, difícil de volver a ser reunido, a pesar de los emolumentos exorbitantes pagados; por el cartel, a base de novedades, entre ellas tres obras de maestros argentinos, sin que alguna se hubiese repetido en cada uno de los dos tur-

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

PIDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENDEDORES DE DIARIOS. LOS NUMEROS ANTERIORES

PIDAN
SAGARDUA
ES LA MEJOR SIDRA

nos, par e impar, y, finalmente por la orquesta formada por los mejores elementos del clásico Scala de Milán y del Liceo de Barcelona.

Contribuyó al éxito estupendo, el ser esa temporada la de despedida de la Pastorini, la tiple eminente que, veinte años antes se iniciara en el viejo Colón; punto de partida de su gloriosa carrera, desarrollada en los mejores teatros de Italia y Austria, Francia y España, Estados Unidos, Alemania y Rusia. Declárala inmensamente rica: la maledicencia jamás pudo cebarse en ella durante toda su carrera. En las grandes capitales había tenido acceso a los salones de severísima etiqueta, habiéndose sentado a más de una mesa real, sin desentonar, poco ni mucho, del resto de los comensales.

Mujer de talento... lo tuvo y muy claro, cuanto más lo necesita una cantatriz: al doblar el cabo de los cuarenta, comienzo del declive de la belleza y las facultades artísticas; quiso retirarse de las tablas, en pleno Zénit, evitándose a sí misma y a sus admiradores el sombrío espectáculo de una trayectoria al Nadir; del eclipse de su voz, apenas igualada por la famosísima Patti, y no superada por la de otra alguna.

En Buenos Aires se había "revclado". En la sala del ya derruido teatro, escuchó los aplausos primeros, los más calurosos y sinceros. Artista y dama, en Buenos Aires quiso cerrar el broche de su carrera. Rasgo de gentil consecuencia apreciado en todo su valer por la sociedad porteña.

Aquella noche se despedía de Buenos Aires, con Dinorah, la compañía; y de Buenos Aires y del teatro, para siempre, ella.

La Opera, la elegantísima sala de la calle de Corrientes, regiamente iluminada, rebosaba de concurrencia, buen rato antes de las 9 p. m., rompiendo quizá por vez primera, la costumbre de llegar comenzada ya la función. Contra lo habitual también, no se observaba ese empaque, esa rigidez que tanto encanto resta a las grandes veladas líricas: se hablaba; en los palcos y en la platea, los gemelos se enfocaban con cierta nerviosidad, delatora de la impaciencia con que se aguardaba la aparición del maestro director.

Entretanto, autos y coches seguían deteniéndose ante la entrada del teatro, yendo, una vez desocupados, a colocarse en la ya enorme hilera formada en las calles de Esmeralda y Suipacha, y dos cuadras más allá del teatro, al este y oeste, de la de Corrientes.

No una, sino mil fortunas, en pieles, terciopelos, encajes y sedas, sobre distinguidísimas matronas y deliciosas jóvenes, subieron por la doble escalinata de mármol, que del "hall" conduce a los corredores de acceso a los palcos, así como por el pasillo central de la platea, en la que se veía un mundo de gente compitiendo en lujo, elegancia y belleza con la de los palcos, totalmente ocupados: desde las 4 p. m. figuraba sobre el ventanillo de la taquilla el letrero mágico: "No hay más localidades". Admiradoras y admiradores hubo que, de rigurosa etiqueta, no desdijeron las burguesas cazuelas, con tal de no perder el "adiós" de la famosa diva.

Aquella noche, como todas las anteriores, tanto de turno par como impar, y en las funciones fuera de abono, aparecieron, minutos antes de las 9, aquel señor, que por lo blanco de su cabello, totalmente cano, parecía ser anciano, o cuando menos entrado ya en años; pero que por el semblante fresco y de varonil expresión, así como por la desenvoltura de sus movimientos, díríasele en la plenitud de la vida. Y, con él, entró la joven, que más intensamente había llamado la atención por la sencilla elegancia de sus trajes y por su gran parecido con el acompañante.

A un repórter que, el primer día de la temporada, tras mil fracasos en su empeño por conocer quiénes eran, a fin de incluirlos en la lista de concurrentes a la inauguración, sólo le fué dado averiguar, por el "chauffeur", que vivían en el Hotel Regina... "allí, cuando menos, los he tomado", había dicho. En el tablero del hotel, entre nombres conocidísimos del joven periodista, figuraba este:

León de Arrieta, e hija.

Como de costumbre, el padre se sentó algo atrás de la joven, quien, levemente apoyado el codo derecho sobre el aterciopelado barandil del palco, paseó la mirada con los gemelos por los palcos de enfrente. Y luego, cediéndoselos a su padre, abrió un rico abanico de plumas y carey, moviéndolo con suprema gracia.

De la platea y los palcos, infinidad de ojos la miraban, atraídos tanto por su peregrina belleza, como por el misterio, no roto durante toda la temporada en torno suyo: no figuraban en la alta sociedad; pero todo decía en ellos que aquel era su sitio.

Unos—más curiosos que otros—, tratando de averiguar algo los habían seguido discretamente las primeras noches, sin más resultado que enterarse de que del teatro iban al hotel, en el que la locuacidad de los domésticos lo único que pudo informar fué que aquel señor se llamaba, en efecto, León de Arrieta y que el nombre de la señorita, su hija, era Gilda. Habían llegado cuatro meses antes, de Norte América. De mañana, la señorita tocaba el piano y cantaba, mientras el padre leía los diarios y despachaba la correspondencia. Por la tarde, recibían una que otra visita, de familias del país, retiradas de la vida social activa: señores y señoras de edad, y alguna más joven, y en los días de buen tiempo, salían los dos a caballo. De noche, invariablemente, iban al teatro. Entre sí hablaban tan pronto en castellano como en inglés, pero con las personas que los visitaban y el personal de la casa, invariablemente, en castellano, siendo de notar que el padre usaba con singular naturalidad los modismos criollos más usuales.

Las 9 en punto; y el maestro Guoal, el "mago de la batuta" apareció en la tarima, desde la cual, y sin tener a la vista la partitura, ni aun para los óperas nuevas, había dirigido noche a noche, sin dejar una, la formidable orquesta.

Gilda se sacó los guantes, poniéndolos en cruz sobre el rojo almohadillado del antepecho del palco, y apoyado el antebrazo sobre éste, dejó caer bien visible su mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía la empuñadura de carey de los gemelos.

Su padre retiró algo más atrás la silla, como era habitual en él...
—A una ópera se asiste — había dicho a Gilda más de una vez — a escuchar y no a mirar: no concibo que haya quien sea todo ojos, cuando lo lógico es ser todo oídos. Los ojos, para un museo de bellas artes; los oídos para acá.

Sonreía Gilda ante la explicación, tenida por una bien disculpable manía de musicófilo exaltado.

—;Entorna, entonces, los párpados, papá, y tu ilusión será completa! — respondía ella, envolviéndole en una mirada de infinito cariño.

¡La mano de Gilda! ¡Aquella mano que llamaba la atención tanto o más que la belleza de su rostro, y el encanto de su cabellera rubia, artísticamente arreglada, sin otro adorno que un cintillo de platino, luciendo en el centro un brillante negro!

Mano de una blancura transparente surcada por las venas, bien visibles al través de un cutis tenue; con los dedos largos y afilados, rematados en uñas rosadas, a las que su dueña rendía el culto de exquisito cuidado. Esa mano, dejada caer pendiente de la muñeca, ceñida por un delgadísimo brazaletes de platino, con una rosita formada por diminutos rubíes, sin anillo alguno en los dedos; esa mano había marcado durante toda la temporada, con leves movimientos, cada una de las impresiones de la joven, tan diversas, como diversas eran las dos escuelas musicales, cuyas obras máximas habían sido escuchadas con religioso silencio, y aplaudidas con un entusiasmo enorme, rayano a veces en el delirio. Mano "expresiva", que con una contracción apenas perceptible, con un vaivén delicado y a veces con una crispación, decía más de un estado de ánimo, que las palmas batidas, los clamores entusiastas del resto del público.... Mano que se había hecho célebre, quizá sin saberlo Gilda, o sabiéndolo dándose por no entendida, a fin de lucirla..., de lucir su única coquetería...

—Tienes con tu pobre madre el parecido de las manos — decía a veces su padre, en momentos de expansión.

—Todos dicen que me parezco tanto a tí, papá.

—Sí, pero las manos son iguales a las de tu madre.

No la recordaba ella. Su memoria alcanzaba sólo a reproducir, como imagen más remota, de cuando aun no había cumplido cinco años, un día que fué encerrada en su departamentito, con el aya, encierro que duró tres días. Al tercero, su padre había entrado, pálido como la cera, y tomándola en los brazos la estrechó contra su pecho, tanto, tanto, que la hizo daño. Al soltarla vió que lloraba como un niño.

—Ana — había dicho al aya —, ahí fuera están los lutos: vístala ya.

—¿Y mamá? — había inquirido ella.

—En el cielo, hijita del alma. A las veinte y cuatro horas se embarcaban para Europa. Allí había sido educada durante diez años en el "Sacré Coeur de Montpelliér; su padre iba a verla a menudo, sin que faltase una sola vez, los 25 de Mayo y 9 de Julio...

—¡Nunca olvides, hija, que eres argentina! — decía. —
Algún día volveremos allá...

Luego, terminada su educación habían venido aquellos cinco años de viajar por Europa y Norte América, con una dama de compañía inglesa y con su padre. Viajar incansante, salvo los dos últimos años pasados en Nueva York, de donde meses atrás vinieron a Buenos Aires, tras quince años de ausencia.

"La misma mano de mamá" —, se repetía ella; y abría un medallón, que encerraba el único retrato de la que le había dado el ser: un busto en miniatura de una jovencita de pocos años.

Para sus adentros renegaba de que el retrato fuese tan pequeño; y sólo en busto, ¿cómo comprobar y gozarse en la semejanza, siquiera de las manos?

II

La ovación tributada aquella noche a la Pastorini no tenía igual en los anales del viejo Colón, en los del también viejo Politeama, y de La Opera misma. La excelsa diva, al superarse a sí misma, electrizó la sala; aplausos, aclamaciones, vítores, flores y palomas; de todo se hizo derroche en el frenesí producido por las notas, brotadas de su garganta maravillosa.

Delirio que llegó al colmo en el "vals de la sombra", y al caer el telón.

Diez, quince, veinte veces hubo de levantarse éste, cediendo al imperativo del público enloquecido. En los palcos, damas y señoritas, de pie, batían en alto los pañuelos, olvidando el rigorismo de toda etiqueta, mientras desde detrás suyo los hombres arrojaban flores.

Gilda, contagiada por el delirio, hizo más que todas. ¡No de balde había aprendido en Norte América a no amoldarse a estrechos rituales! Con gesto breve desprendió de su cabellera el cintillo de platino, y con certero pulso lo arrojó al escenario, yendo a caer en las manos mismas de la diva. Miró ésta a la gentilísima joven, posó los dedos en los labios, y la envió un beso... Besó también la piedra, colocando después la joya en torno de su negra cabellera. Escena de un corto número de segundos, presenciada en silencio de sorpresa primero y de simpatía luego, resueltos al fin en la última y más calurosa de las ovaciones de aquella noche, a la que el nombre de clásica venía como anillo al dedo: ovación a la diva, ovación a la gentilísima muchacha.

Al levantarse Gilda, notó que su padre se había retirado a la penumbra del antepalco.

—Un leve mareo, Gildita... ¡ya pasó! Mucho me agrada tu obsequio a la Pastorini; lo merece: ha estado divina...

—Comprendo: te has retirado para que fuese yo sola quien recogiese la parte de aplausos dirigidos a nuestro palco.

—Vamos, queridita!

Del brazo salieron los dos. De sobras sabían que auera, en el corredor, en la regia escalinata y en el hall les aguardaban dos hileras de curiosos; más densas, más nutridas que de ordinario: el rasgo yanqui de Gilda lo imponía así. Y así fué, en efecto: los hombres, y con el pretexto de que éstos no dejaban paso, infinidad de damas, aguardaban a la pareja.

El, elegantísimo en su frac, con el sobretodo al brazo izquierdo, erguido con toda naturalidad, sonreía ante la admiración suscitada por Gilda, la que envuelta en su rico abrigo de pieles, regalo de su padre, cuando su estada en Moscú, marchaba serena y tranquila, con el porte de una reina, arrastrando tras de sí, hasta que entró al auto, la mirada de todos.

—Puedes estar satisfecha, Gildita mía; tu triunfo de mujer bonita casi iguala al artístico de la Pastorini!

—¡Por Dios, papá! No exageres. Y, además, ¿no dicen todos que soy tu retrato? Entonces, partamos ese triunfo en dos partes: una para tí, otra para mí.

Allá, en las sombras del auto, León de Arrieta tomaba entre sus manos la adorable cabecita, posando en su frente un largo beso, uno de esos besos que los padres saben dar cuando tratan de hacer olvidar la falta de una madre.

*
* *

Unánime la crítica en los diarios del siguiente día, hasta aquellos que durante la temporada tuvieron ciertas reservas y reticencias — ¡vaya uno a saber por qué! — apeados de su actitud, quemaron al pie de la prodigiosa cantatriz el incienso del elogio, concordando todos en que la velada de clausura era broche insuperable de la temporada.

Freixas, el crítico sin igual, añadió un juicioso comentario en rededor del retiro definitivo de los escenarios de la genial artista: retiro que, si bien deplorable para la lírica, merecía aplauso: "es una estrella que ha recorrido la rama ascendente de la parábola de su carrera. Llegado que ha a su punto de inflexión, se detiene en él; la rama descendente sólo quien tenga poco talento se resuelve a recorrerla; la Pastorini no. Queda brillando en nuestra memoria, en el recuerdo de la noche de ayer, imborrable y grandioso".

Seguía a este párrafo un balance de los veinte años de triunfos que la consagraron como insuperada, por los públicos más exigentes, agregando luego: "Cabe a nuestro diario el placer de una primicia: la Pastorini se va; pero no nos deja. Se va del escenario, pero queda entre nosotros, donde piensa radicarse. Artista con toda el alma, abrirá en breve una academia de canto, en la que se recibirá a un reducido número de alumnas, que hayan revelado felices dotes vocales. Noticia que, no lo dudamos, va a ser recibida con singular agrado por nuestro gran mundo; garantizamos su exactitud, ya que la tenemos de labios de ella misma".

En la sección "Sociales" de los más importantes diarios, apareció el nombre de la distinguida señorita Gilda de Arrieta. "la concurrente más asidua a La Opera durante toda la temporada; la que tanto ha llamado la atención por su belleza, como por la riqueza y elegancia de sus trajes".

Relataron luego el gesto de la joven la noche antes, y añaden:

"No sin vencer dificultades, hemos podido averiguar que, malgrado su modalidad norteamericana, es una compatriota nuestra, nacida en la provincia de Tucumán, educada en el "Sacré Coeur" de Montpellier. Ha viajado con su señor padre, durante años por Europa y Norte América, regresando a su patria después de quince años de ausencia. Las familias tucumanas de abolengo recibirán la noticia con placer, pues se recuerda allí la tradición patricia de la familia de Arrieta, cuyo último vástago es la encantadora compatriota que se ha incorporado a nuestra gran vida social, en la presente temporada lírica".

—¿Leiste, papá?

—Una indiscreción del bueno de don Matías, al que han hecho hablar antes de hora esos diablos de repórters. Y por cierto, que espero esta tarde su visita. He de renovar le los poderes generales que le di hace tantos años. ¡Un apoderado ideal!

—¡Lindo viejecito! Ya que tiene que venir esta tarde, invítalo a almorzar; si quieres, voy a hablarle por teléfono.

—¡Ya lo creo; excelente idea! Pero, siento mucho que se haya descubierto nuestro semiincógnito. Aquí no pasa como en aquella Nueva York colosal, donde, a poco que uno quiera, queda inadvertido.

Sí, es cierto; pero no hay que olvidar cuán grande es la diferencia numérica de población entre una y otra ciudad. Amén de que la flotante es muy superior allí y se renueva con tal frecuencia, que nadie se fija en los que van y vuelven. Recuerda que durante los diez primeros meses pudimos hacer cuanto nos plugo sin trabas sociales.

Pero en cambio, hijita, apenas "nos descubrieron"; valiente ajetreo el nuestro!

—¡Oh, papá! no llames así a aquella vida; conservo y conservaré mucho tiempo el recuerdo de aquella sociedad, en la que fui...

—¡Llevada en palmas! Pero, ¿te olvidaste ya de don Matías?

—Voy volando, papá.

—Está usted encantadora, señorita; no me engañaba su señor padre en sus cartas al ponderarme a aquella niña que puede decirse ví nacer.

—Es cierto Gilda; pero ese bonachón de don Matías, en cada una de sus cartas me preguntaba por tí, y eso lo calla ahora.

Gilda se acercó entonces al anciano y asíéndole ambas manos, le presentó la frente para que se la besase...

—¡Oh! de niña la besé tantas veces...

—Entonces, agregue usted a la cuenta uno más. — observó ella sonriente —, y, ahora a la mesa!

Comían don León y Gilda en un comedorcito anexo al departamento del hotel en que vivían.

—¡Comida de hotel! amigo mío. No veo la hora de hacerlo en mi casa, — dijo el padre.

—Por las señas, creo que va para un buen rato antes de que lo consigas, papá; a no ser que renuncies a tu "fiebre de viajar".

—¡Quién sabe! quizá me decidiré a hacer en Buenos Aires un alto, cuando menos igual al que hicimos en Nueva York.

—Sí, sí, papá, — dijo ella mimosa —; deseo conocer mi patria.

—Además, — intervino don Matías —, creo que es hora de pensar en algún argentino digno de usted.

—¡Esto ni por pienso! Me debo por entero a papá ¿No ha sacrificado lo mejor de su vida por mí y sólo por mí?

—Hija de mi alma, don Matías tiene razón de sobras. Por lo demás, no veo que, por el hecho de casarte pierda yo algo de tí... ¡Al contrario! me libraré de mí... única pesadilla: el temor de que quedes sola en el mundo si muero. . .

Aquella mano admirable de la joven tapó la boca de don León:

—¿Si mueres? ¡quita allá! Aun no te he visto ni una sola vez enfermo. Respiras salud por los cuatro costados... y para sí quisieran la mayor parte de los "jóvenes modernos" un aspecto como el tuyo. ¿Verdad, don Matías? No representa más de 35 años.

—Invierte, Gilda, el orden de las dos cifras y estarás en lo justo: ¡53!...

—La señorita está servida, — dijo la doncella de Gilda, una inglesa rubia como el oro.

III

Suntuosa y severa la instalación de "Villa Gilda" en San Isidro. Una "trouvaille" de don Matías, encargado por el señor de Arrieta de buscar una finca para habitación de padre e hija. Con todo y ser el chalet central una monada, lo que constituía el principal encanto de la mansión eran el jardín y el parque que la rodeaban, arreglados sobre el modelo norteamericano, por Lepufo, el maestro "máximo" de jardinería.

Legión de artífices y obreros, dirigidos por Gilda en persona, transformaron totalmente el aspecto de aquel semicastillo de corte anticuado en un palacete que, transportado por arte de magia al Hyde Park, al Broodway, al Bois de Boulogne o al Unter der Linden, sería una de sus más suntuosas moradas.

Seis meses de trabajo incesante, seis meses durante los que, a diario, mañana y tarde, Gilda dirigió obras, instalaciones y

ornato, con tal regularidad que, al concluir el quinto, pudieron ser trasladados allí los muebles, tapices y obras de arte recién llegados de Londres, París, Roma y Nueva York. Uno más, y el señor de Arrieta y ella dijeron ¡adiós! al hotel, comenzando a recibir en su "home" al núcleo reducidísimo de las viejas relaciones tucumanas radicadas en la Capital Federal, era una de las cuales, poco a poco y con ese tacto exquisito de las damas provincianas de rancio abolengo, fueron incorporando otras, nuevas, esencialmente metropolitanas.

La severa educación de Gilda, su "savoir-faire" señorial, su carácter franco y desenvuelto, "cascada de alegría sana", como comenzaba a decirse ya en los mejores salones porteños, venieron muy pronto la reserva con que se suele recibir a los nuevos. Y, nuevos eran ellos, por el larguísimo tiempo pasado en el extranjero, si bien que las raíces de la familia de Arrieta se perdían allá lejos, en los comienzos de la colonización española.

El padre, modelo acabado del gran señor, que, conservando las características originarias, evoluciona con los tiempos y sabe adaptarse con pasmosa naturalidad a los medioambientes más diversos, contribuyó a la conquista hecha por Gilda, de lo más copetudo de la alta sociedad. Tanto que le bastaron dos meses para llegar a ser "la fille gatée" del gran mundo, solicitada su presencia en todas las reuniones, kermeses, bazares, en una palabra, a cuanto la sociedad inventa para suplir la falta de las magnas veladas líricas.

—Encantadoras, papá, nuestras compatriotas, — solía decir ella —: me lo resultan mucho más aquí en el país, que allá en Europa y la Unión, como turistas. Y, por cierto que encuentro algo exagerado un cargo que en el extranjero circula como moneda corriente; aquello de "la cristalización en el viejo ritual de sociedad", tan contrario al espíritu democrático. Algo hay aun, pero se evoluciona. Por ejemplo: dentro de una semana justa, la señora de Sala Mendieta, dará un te en honor de la Pastorini.

—¡Ya no es artista, hija mía! Además, aun siéndolo... es de las contadas, cuyo origen le permite, sin daño de la etiqueta, tener acceso a los salones. Si mal no recuerdo, procede de una antigua familia brasileña, que en su época tuvo grande ascendiente en la corte de Pedro II. Venida a menos, emigró aquí, de donde tras una serie de contratiempos, alguno sumamente doloroso, desapareció...

—¿Entonces es brasileña?

—Sospecho que sí. Desde luego, como todas las de su caso, al buscar en el trabajo honrado la... ¿cómo diría?... la restauración de su pasado, cambió de nombre.

—¿No se llama Celia Pastorini?

—No; pero no recuerdo el verdadero. Imagínate, ¡veinte años! además, mi relación con su padre, un título brasileño. — eso sí lo recuerdo —, fué muy breve: uno que otro encuentro en el Club del Progreso cuando estaba todavía en el primer piso de la finca Perú esquina Victoria... Pero, dime: ¿has sido invitada a ese te?

—De palabra, sí. En estos días, el señor Sala Mendieta mandará la tarjeta de estilo.

—Y, dices que será...

—El jueves que viene; de hoy en ocho días.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué, papá?

—El miércoles saldremos don Matías y yo para Tucumán; nuestro buen amigo se ha empeñado en que visite la estancia "Celina", y luego los obrajes en el Chaco.

—¡Qué casualidad! Celina... Celia; casi el nombre de la Pastorini!

—Fué don Matías quien la bautizó así. Antes, mucho antes de que tú nacieras, se llamaba "Estancia Bilbao", en homenaje a la ciudad donde nació tu abuelo, mi padre, y fundador de la rama americana de su apellido.

—Mal hecho el cambiarle el nombre. Y si lo cambió, debía haberle puesto el mío. ¡Menudo responso le aguarda! Pero, volviendo a lo del te: ya que tú no podrás ir, iré sola.

—No conviene, Gilda; cada país tiene sus costumbres, y lo que en Estados Unidos es lo más natural, no lo es aquí. Hay que amoldarse...

—Pero, si tengo ya veintiún años...

—Que no los representas. Además, eres soltera. Ahí tienes una de las razones que apoyan la conversación del otro día: hay que empezar a pensar en el porvenir. ¿Te gustaría ir con Merceditas Robledal y su mamá?

—¡Con mil amores! Sin embargo, ¿estarán invitadas ellas?

—¡Sin duda! son íntimas de la casa. Además, en la lista de futuras alumnas del conservatorio que abrirá la Pastorini, publicada en la revista "Nuestro gran Mundo", Merceditas aparece como la primera inscripta. De modo que...

—Convenido, papá. ¿Estarás ausente muchos días?

—Unos veinte, poco más o menos...

—¡Qué fastidio!

—Si no se tratase de un viaje de... negocios... no sé qué proyectos de compras tiene don Matías... te diría ¡vente! Pero... conviene más que te quedes. Algún día recorreremos todas tus propiedades...

—¡Tuyas, papá!

—Transijamos: "nuestras propiedades"...

.....

—Amigo Matías; comienzo a sentir la nostalgia del vagón y del caballo. ¿Se animaría usted a una excursión a la "Celina" y a los obrajes; esto para empezar?

—A sus órdenes, don León. ¡Qué contenta se pondrá la señorita Gilda!

—No. Gilda no nos acompañará. Sería una picardía de mi parte privarla de una serie de invitaciones que le han sido he-

chas. Sin embargo, usted sabe cómo es ella: sentiría si supiese que es por esto por lo que se va a quedar. Conviene que usted invente negocios, que pondere lo incómodo de los caminos, y, hasta que es usted el empeñado en ese viaje...

—Entendido, entendido, señor!

—Hay que conformarla. Además, no le ocultaré a usted que quiero irla acostumbrando a ausencias mías.

Y tras breve pausa continuó:

—Preveo que circunstancias especiales, de las que le hablaré más adelante, me aconsejarán un nuevo viaje a Europa, viaje que bien pudiera durar uno o dos años. De sobrevenir aquellas circunstancias, realizaría o liquidaría todos mis negocios allí, para invertir su producto en la Argentina, que es donde al fin y al cabo se casará Gilda, y donde deseo morir yo. Desaparecida la causa de la vida algo errante que llevo hace tantos años, no creo que la tranquila en una estancia me resulte enojosa.

—¿Por qué en la estancia y no aquí en la capital, señor de Arrieta?

—Ríase usted cuanto quiera, amigo mío: aquí donde usted me vé, soy un enamorado de la soledad; la vida mundana me repele; amo el recuerdo, o mejor, los recuerdos.

—Todavía, León? — preguntó don Matías, con la familiaridad de otras épocas.

—¡Más que nunca, Matías! Hay recuerdos que no se borran.

—Pero, ¿ha sabido usted algo?

—¡Dejémoslo a un lado! ¡Que se case Gilda, y luego...!

*
* *

—¡Buen viaje, papá! Y usted don Matías, cuídemelo mucho. Era Gilda que en el andén, de pie frente a la ventanilla del "reservado" en que se iban los dos viajeros, los despedía.

—Cúdate tú, y diviértete. No olvides excusar mañana mi inasistencia al te.

Sonó el silbato del jefe del tren, y como un eco suyo, formidablemente agrandado, se oyó el de la locomotora. Lento y no exento de majestad arrancó el convoy.

Asomado a la ventanilla saludaba de Arrieta a Gilda, mientras la divina mano de ésta agitaba en nerviosos aleteos su armiño pañuelo.

Allá, a lo lejos, en el extremo de los tinglados, recorría el convoy la curva de salida, a mayor velocidad ya, mientras por las mejillas de la joven caían dos lágrimas. Era esta la primera vez desde su egreso del "Sacré Coeur" de Montpellier, que su padre se separaba de ella.

Sensación de soledad inmensa, sino nueva para ella, cuando menos rara; sólo una vez la experimentó igual: cuando su padre la dejó en el internado, siendo aun una chiquilla.

Lo recordó en aquel momento, y, cual movida por un impulso misterioso, quiso como en aquel remoto pasado, buscar consuelo y fortaleza en el templo.

—¡Al "Sagrado Corazón"! — ordenó al "chauffeur". Era la capilla de su predilección, donde sin exageraciones, sin fanatismos, solía cumplir sus deberes religiosos.

Entró. En lugar de ir hacia al reclinatorio lujosísimo, con la chapa de oro, en el que se leía su nombre, propiedad suya, colocado invariablemente ante el altar mayor, se dirigió por la nave lateral derecha, hacia la capilla de los Desamparados, en la que solía rezar por el alma de su madre.

—¡Su madre! Con qué cuidado evitaba hablar de ella a su buen padre. La escena aquella antes de ordenar al aya que la pusiese los lutos; aquel abrazo de su padre; aquel "está en el Cielo"; el rostro desencajado y bañado en lágrimas, con la expresión inenarrable del mayor dolor que un hombre puede sentir, eran recuerdos que sellaban sus labios cada vez que pugnaba por brotar de ellos la frase llevada en el corazón: ¡háblame de mamá, padre mío, por favor; háblame de ella! ¿A qué renovar el intenso dolor? ¿a qué reabrir la herida?

Se arrodilló, cruzó sobre el pecho las manos e iba a orar, cuando oyó tras de sí leves pisadas, el andar de una mujer que se acercaba. Cerró los ojos, para no distraerse. Oró largo rato por el alma de la madre muerta; levantóse luego, y al dar vuelta para retirarse, vió de rodillas en un reclinatorio apoyados los codos en el terciopelo del antepecho y la cara entre las manos totalmente extendidas sobre el rostro, a una dama. Imposible verle las facciones; sólo las manos, en toda su extensión, en sus prodigiosas formas.

—Hermosas manos, — pensaba al salir. — Y en un momento de franca sinceridad, añadía:

—Iguales, no; mejores, mucho mejores que las mías!

Al día siguiente temprano, Gilda, contra su costumbre en los días no de precepto, fué a misa. Y, al pasar ante el reclinatorio ocupado la tarde anterior por aquella señora o señorita, pudo leer en una chapa de platino: "Celina Gilda Barreiro". ¡Coincidencia peregrina!

—¡Bah! pura casualidad, — se dijo.

IV

A las cuatro en punto paraba el primer automóvil frente a la mansión de los esposos Sala Mendieta.

El zaguán de entrada, convertido en jardín, decía ya del más exquisito buen gusto: cruzábalo por el centro ancha alfombra punzó, prolongada a lo largo de la regia escalera, cuyas amplias barandillas soportaban el peso de macetas japonesas, con plantas en flor, exóticas; lo mejor encontrado en los invernáculos de la Capital. Y, donde la escalera se bifurcaba en tramos a derecha e izquierda, sobre columnitas de mármol, dos esculturas de Ben-

—Pero, ¿dónde andaba usted, señorita de Arrieta? — le preguntó la dueña de casa.

—Estaba con Mercedes admirando sus orquídeas, en la galería.

—¿Me permite que la presente a la señorita Celina Gilda de Barreiro, su casi tocaya?

Pareció Gilda sorprendida... ¿La dama de la tarde anterior, en el Sagrado Corazón?

—Es la famosa Pastorini, explicó su interlocutora. Véala usted, y por cierto que luce el soberbio regalo suyo, la noche de su despedida de la vida teatral. Véala allí, frente al piano.

Miró en la dirección señalada la joven, en el preciso momento que la cantante la miraba. Reconociendo en ella a la más asidua concurrente a la temporada lírica, dijo:

—Con su permiso.

Avanzó resuelta hacia la joven. Sin dar lugar a presentación alguna le tendió ambas manos, diciendo:

—Debo a usted señorita...

—Gilda de Arrieta, — explicó ésta.

Por menos de un segundo quedó como en ensueño la de Barreiro. Pero, repuesta repitió:

—Debo a usted, señorita de Arrieta, un doble tributo de gratitud.

—¿Por qué, señorita?

—Como artista, por la devoción con que ha seguido mi labor lírica última, y como mujer, por haberme permitido lucir esta joya en mi peinado, joya única o poco menos. Sólo he visto una igual a la princesa de Rohan, en el destierro, por cierto!

—Me siento feliz, señorita de Barreiro, de haberle sido agradable; soy una gran aficionada a la música, y de usted he aprendido mucho.

Vaciló un momento antes de continuar:

—Sí, mucho; oyéndola cantar, y mucho en otro orden de cosas: el ejemplar recogimiento con que la ví orar ayer tarde ante mi virgen favorita, la de los Desamparados, en el Sagrado Corazón.

—¿Usted?

—Sí; voy allí a rezar por el alma de mamá.

Una nube cubrió los ojos de la ex artista, diríase que las lágrimas iban a saltarse.

—Perdón; me enternece esa piedad filial, señorita; espero tener el placer inmenso de volver a verla.

—Es casi seguro que al regreso de papá, que está en Tucumán, me incorporaré a su conservatorio.

—¡Oh! ¡Qué más puedo desear que tenerla a usted como discípula.

—Y espero que cuando nos conozcamos más, seremos buenas amigas.

Ambas se acercaron, y rompiendo uno de los cánones de la etiqueta, se besaron.

Aquella noche Gilda escribió una larga carta a su padre, relatando la fiesta a que había asistido y la conversación mantenida con "la Pastorini".

"Ya sé cómo se llama: imagínate, es casi tocaya mía, "Celina Gilda de Barreiro". Ha estado afectuosísima conmigo. Debe tener un gran corazón; al saber que voy a "los Desamparados" a rezar por mamá, la ví hondamente impresionada.

"He contraído con ella un semicompromiso, el de incorporarme a su conservatorio, que es sólo de perfeccionamiento en el canto: así podría distraerte más... cuando estés de vuelta. Aun que la dije que para resolverme esperaría tu regreso; siento en el alma un no sé qué, que me hace pedirte tu consentimiento para empezar cuanto antes. Telegrafíame por favor: sí o no".

Horas más tarde Gilda recibía este lacónico despacho:

"Con toda el alma.—Mucho ánimo.—Tu padre".

*

* *

Pocas veces en su vida Gilda había sentido un deseo con la intensidad de aquel, sin acertar a explicarse la causa. Dábase cuenta exacta de que lo del "perfeccionarse en el canto" era "un medio" y no "el fin". La irresistible simpatía hacia la señorita de Barreiro, era lo que la movía, impulsaba con una fuerza desconocida por ella hasta entonces. El telegrama de su padre la colmó, así, de dicha.

—Esperaré unos días; pasado que haya el festival de la inauguración, iré.

Aquella tarde, como todas las anteriores, desde la marcha de su padre, fué Gilda a la capilla del Sagrado Corazón, anexa al internado del mismo nombre en San Isidro, regentado por religiosas francesas, alguna de ellas procedente de Montpellier.

Ante la entrada vió, al descender de su auto, a otro, estacionado bajo la sombra de un paraiso. Díjole el corazón que allá, en la soledad del templo, encontraría de nuevo a la devota de tardes atrás, su semitocaya y futura maestra.

En efecto, así era. De rodillas, en el mismo reclinatorio, oculta la faz entre las manos, Celina Gilda, de Barreiro oraba.

Respetando su recogimiento, la joven se acercó despacio, hincándose sobre la dura baldosa, unos metros más atrás. Sin explicárselo, sentía un placer sin igual en esa humilde actitud de respeto y deferencia, ¿hacia la santa imagen, o ante aquella dama que tanto la interesaba? Quiso orar y no pudo; su imaginación, de ordinario tan sometida a la voluntad, volaba hacia sólo sabe Dios qué regiones.

¿Cuántos minutos duró esta lucha librada a ojos cerrados en su empeño de reconcentrar la atención en la plegaria? ¿Qui-

zá muchos, quizá pocos! Ella misma no lo sabía. Al abrir los ojos notó la ausencia de la dama, y cual si una mano misteriosa la empujara, se alzó, avanzó unos pasos hacia el coquetón reclinatorio libre. Iba a arrodillarse en él, cuando en uno de los huecos del almohadón vió brillar algo: ¿un relicario circular? ¿un medallón? Recogido con cuidado, lo puso en su limosnero. Sin duda de la Barreiro. Devolvérselo cuanto antes. ¡Que feliz pretexto para ir a verla antes de la fecha prefijada!

Ahora sí pudo orar. Sus rodillas sentían el calor dejado en el terciopelo por las de la otra. Y sus codos cabían, como en molde expreso, en las pequeñas concavidades del antepecho, testimonio de lo frecuente que era la oración de la ex diva.

Dentro de su auto, sacó la pequeña joya. ¡Un medallón igual, igualito a aquel que le servía para guardar la miniatura de su madre! Y del aro pendía un trozo de cadenita de platino, de platino, sí, como la suya!

Iba a abrirlo, dominada por dos sentimientos de enorme imperio sobre la mujer: eso que, a falta de nombre más exacto, solemos llamar "presentimiento", y también la curiosidad. En la terrible lucha sostenida entre éstos y el sentimiento del honor, que la vedaba sorprender, quién sabe si un secreto sagrado, venció éste.

—¡Al chalet "La Lira"!, — ordenó al chauffeur.

—Iba por fin a entrar en la mansión de la genial artista, de la que había oído maravillas: residencia particular, ya que el conservatorio, a ser en breve inaugurado, estaba en Buenos Aires mismo.

Contra lo habitual en ella, tan hecha a hacer visitas, completamente sola, en Inglaterra, Alemania y Norte América, experimentaba un encogimiento rayano en la timidez a medida que se acercaba a "La Lira", necesitando un poderoso esfuerzo de voluntad para sobreponerse y aparecer serena y tranquila al estopar ante la escalinata de acceso a la casa.

*

* *

—Señorita de Arrieta, veo que el corazón no me engañaba, al suponer que mi voto, formulado cuando nuestro encuentro tardes atrás en los salones de la señora Sala Mendieta, tendría pronta satisfacción. Se lo agradezco mucho, muchísimo.

—Señorita, tengo por costumbre ser sumamente franca; esta visita, que tanto he deseado yo misma, estaba fijada por mí para una fecha próxima, pero no para hoy. Una circunstancia especial la ha adelantado.

Contó el encuentro de la joya, que presentó.

—¡Supongo que es suya!

—¡Dios mfo! que terrible desgracia de haber caído en otras manos que las de usted.

Con gesto lento y a la par elegante, abrió el medallón, posando la mirada llena de cariño en una miniatura. Cerrólo luego de besarla.

—Un recuerdo que me acompaña desde hace ventidós años; recuerdo de la única época feliz de mi vida. ¿Se asombra usted? Sobre mi carrera de triunfos en Europa y América; sobre el nimbo de gloria que la bondad inagotable de los públicos ha puesto en torno de mí, de "la Pastorini", se ha cernido siempre una nube sobre "Celia Gilda". Pero, dejemos esto: ¡cuánto me atrae su piedad filial! ¿Hace mucho que perdió a su madre?

Feliz Gilda de encontrar con quien hablar de ésta, narró cuanto sabía, arrancando del recuerdo brumoso, de aquel día en que la vistió de luto el aya.

—¡Papá debió quererla mucho!; si alguna vez he aventurado tal cual conversación con él a su respecto, he tenido que cortarla; su rostro refleja tanta, pero tanta pena, que he concluído por hablar de mamá sólo conmigo misma y con Dios en mis rezos.

Celia Gilda no apartaba la mirada de los ojos y del semblante todo de la joven, pasándola luego a las manos, aquellas manos gemelas de las suyas.

—¿Conserva usted, Gilda, algún retrato de su mamá?

—Sólo una miniatura, en un medallón, por cierto que idéntico al que he tenido la buena suerte de encontrar; deben proceder de la misma orfebrería.

Diciendo esto, sacó del seno la preciosa alhaja; abrióla y dijo:

—Era entonces muy joven; véala usted qué hermosa. Dice papá que de ella tengo las manos; en el resto, soy un retrato vivo de éste.

Celia Gilda contemplaba la miniatura con calma rato largo, bajando los párpados, cual si quisiese ver mejor:... un rato más, y de aquellos ojos cayeron dos lágrimas, contenidas hasta entonces, por un enorme esfuerzo de voluntad...

—¿Llora usted, Celia?

—No es nada. Mi temperamento, con esa impresionabilidad extrema que la escena lírica crea, no resiste fácilmente a ciertos cuadros... de bondad, de grandeza de alma. Pienso en lo que usted debe haber sufrido sin su madre.

—¡Oh, cierto! Pero no lo es menos que papá, el más noble de los hombres, ha hecho más llevadera mi desgracia: de los dos grandes apoyos necesarios a una joven para entrar en la vida, me ha faltado uno; pero, en cambio, el que me ha quedado vale casi por los dos! Ahora mismo, apenas supo mi deseo de perfeccionarme con usted en el canto, por telegrama ha asentido.

—¿Con "la Pastorini"?

—No; con “la señorita Celia Gilda de Barreiro”. Y por cierto, recuerdo que una vez le oí decir que allá, en su juventud, antes de nacer yo, conoció a su señor padre de usted, en el Club. Ya lo vé: todo se coordina.

—Sí... todo ... todo!

Y cambiando de tono, prosiguió:

—También mi medallón encierra una miniatura: ¿quisiera usted verla?

—Con sumo gusto.

—¿No teme usted?... En una de mis excursiones a Calcuta, conocí a un rajá poderoso pero ciego. Me contaron que esa ceguera provino de que, al abrir un medallón de una dama inglesa, y al mirar la imagen en él guardada, fué tal la impresión recibida, algo así como el resplandor de un rayo, que quedó ciego. Cada vez que yo abro el mío, recuerdo al rajá ciego, uno de los más fervientes admiradores de mi voz.

—No tengo vocación para ciega; sin embargo, como no soy rajá, aunque sí admiradora ferventísima de la voz de usted, creo que no corro peligro.

—¡Sea!... Pero, no antes sin que usted me jure que “después de lo que va usted a ver, no me restará ni un ápice de su ...simpatía, hasta escuchar una historia trágica vinculada a mi vida y... al medallón”!

—¡Por Dios! Celia Gilda; no tengo derecho a inmiscuirme...

Entonces la artista, adoptando una de sus actitudes de suprema majestad, dijo:

—¡Quizá ese derecho que usted niega,... quizá que le asiste a usted... hija del alma!

Con ademán rápido abrió el medallón, poniéndolo a la vista de la joven...

—¡Papá! — exclamó asombrada.

Era una reproducción en miniatura de uno de los retratos de su padre, cuando joven.

¿Qué le pasaba? El presentimiento de algo estupendo, de algo que iba a cambiar de arriba a abajo su existencia, cayó como una maza sobre su cerebro. Repitió dos o tres veces la querida palabra ¡papá! ¡papá! cayendo desvanecida en brazos de Celia Gilda.

Tres días y tres noches luchó la vigorosa naturaleza de Gilda entre la vida y la muerte, presa de una fiebre cerebral. Al amanecer el cuarto, la temperatura de la paciente bajó de 40 a 38 grados. Al comprobarlo el médico, que no se separaba del lado suyo, respiró con libertad.

—¡Es nuestra! ¡triunfamos! — exclamó dirigiéndose a Celia Gilda.

Esta se acercó al lecho y besó la frente y las manos de la querida enferma.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita mía! ¡hija de mis entrañas; te recuperé; recupero a tu padre!

Por quedo, muy quedo que lo dijese, no escapó al oído finísimo de la joven que volvía a su conocimiento. Abrió los ojos, cruzándose su mirada con la de quien acababa de hablar, mirada que decía lo que los labios callaban.

—Todo, todo lo sospechaba, madre del alma, desde que, matorcita, en vano buscaba una explicación a "tu muerte" sin que se me permitiese verte. Y aquel beso que me mandaste desde el escenario, era el de una madre!

—Señorita, es necesario que me obedezca usted ciegamente, intervino el médico: está usted delicada todavía; ahora, más que yo, es usted quien debe continuar su curación. Mucho silencio, nada de emociones y dormir cuanto más pueda usted. Y usted, señora, váyase a descansar; lleva ya setenta horas sin dormir y casi sin alimentarse...

—¿En tu casa? ¿Verdad mamita?

—Sí... hija de mi corazón.

—¿Y papá?

—Le telegrafíé... llegará en el nocturno de hoy...

—¡Oh qué dicha! Ahora, mamá, obedezcamos las dos.

Hermosa noche seguía a aquel día brillante. Celina Gilda, después de descansar un par de horas, se había levantado y, segura del sueño tranquilo y regular de Gildita, de cuyo lado no se separaba la Hermana de Caridad, que desde el primer momento la atendió como enfermera, bajó al parque.

Las 7!... Un rato más y estopaba ante "Villa Lira" un auto.

¡Grandioso y solemne el momento! Ella, de pie, erguida como una reina, y tendidos hacia abajo y algo adelantados los brazos, lo vió bajar del auto. El, correcto, sereno... caballero ante todo, avanzó sombrero en mano hacia ella... Y, ambos, sin decir palabra se abrazaron, larga, estrechamente. El primer abrazo después de veinte años!

Al desprenderse, su primera pregunta fué:

—¿Y Gildita?

—¡Salvada!... duerme. Ven, León, es necesario que antes de que la veas, sepas cómo ha ocurrido todo...

Sentados uno al lado del otro, como en otras épocas... allá en el jardincito de "sus amores", en el nido donde la tuvo oculta a las iras de su padre, mezcla abigarrada de hidalgo lusitano con características medioevales y de semisalva je facendero brasileño... habló Celia Gilda. Narró lo vivido en tan pocos días y cómo la casualidad quiso precipitar el arribo del momento que tenía que llegar, tarde o temprano.

De pronto ella, interrumpiéndose, preguntó:

—¿Y tu mujer?

Una sombra nubló la hermosa frente de Arrieta...

—Muñó... como merecía morir...

—¡No, no! Perdónala... por mí, por Gilda... ¿Acaso no fué su fuga la que nos unió? ¿Sabe Gilda algo de ella?

—Jamás ha sabido... ni sabrá nada. Murió en San Lázaro, en París.

—¿Y tu padre? interrogó él...

—¡También muerto!... hace años... en Río de Janeiro. Tengo de él una carta para tí, escrita horas antes de morir.

En ella te explica la causa real de mi fuga de tu lado: herido su amor propio, y sin valor para matarme, al descubrir nuestro escondite donde tu tratabas de olvidar a la otra fugitiva... y donde crecía nuestra hija, me dió a elegir entre abandonararte y abandonar a la nena... o verte a tí y a ella muertos por su mano. Yo que sabía de lo que era capaz... no vacilé.

—Pobre... santa madre... Nunca dudé de tí; te conocía demasiado para no admitir, a ojos cerrados, que algo superior, de fuerza irresistible, te obligó a dar el fatal paso.

—Además... luego, ¿sabía yo dónde estabas? ¿Sabía si tu mujer, al fin y al cabo tuya ante Dios y los hombres... se volvería, arrepentida, a tus brazos? Hecho el inmenso sacrificio

impuesto por mi padre, ¿a qué intentar lo que no haría sino agravar...?

—¿Nuestro pecado?... Mira Celia, mira a lo alto, ese firmamento grandioso.. más allá... tiene Dios su trono de Juez. El es el único que debe juzgar ese "pecado"

—¡Que — así lo espero — está perdonado, por Aquel que es todo Amor!

—Espacio, de puntillas entraron los dos al cuarto de la enferma.

—Duerme como un ángel, dijo la Hermana enfermera.

Entonces él a la derecha y ella a la izquierda de la cama, arrodillados, la contemplaron...

Un minuto más tarde abrió los ojos Gilda, y cual si esperase la santa visión, sonrió; asió las manos de la madre y del padre, diciendo:

—Gracias, Dios mío!

Tres cabezas... unidas en haz de Amor, en cariño purísimo, borrarón en un instante un pasado de dolor y amargura, no atenuados por la gloria ni la riqueza.

Al llegar la mañana siguiente, el médico comprobó lo casi increíble.

—Nada tengo que hacer ya aquí, dijo a los padres...

Ocho días después, Gilda paseaba por el parque de "Villa Lira", apoyada en el brazo de su padre.

—Es hora que sepas, hija mía...

Ella, poniendo su divina mano ante la boca del que se disponía a explicar:

—¡Nada quiero saber, papá! Me basta con saber que mamá y tú sois los dos seres más dignos del mundo...

—Pero, quisiéramos mamá y yo que juzgases.

—¿De cuándo acá una hija es Juez de sus padres?



Ante el altar de los Desamparados, donde se efectuó el matrimonio de León de Arrieta y Celina Gilda de Barreiro, hay ahora tres reclinatorios: el de la derecha con el nombre: Celina Gilda de B. de Arrieta; en el de la izquierda, con el de León de Arrieta,

y en el central en una chapa de oro, brillan unos topacios, formando letras, que reunidas dicen:

GILDA.

El conservatorio de la ex diva no se inauguró. En cambio, la suntuosa mansión "Villa Gilda", se ha convertido en un Asilo de Músicos pobres, indigentes, que ven en "la Pastorini" a una verdadera Providencia y en Gilda a la más abnegada de las amigas.

El Marquis de Atalá

Buenos Aires, Otoño de 1918.

¡Muchachas! Hermoseen su Cabello y Eviten la Caspa

El cabello se pone lustroso, ondeado, espeso y encantador en pocos minutos.

La menor partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más.

Con el uso de Danderine Vd. puede conservar el cabello. En menos de diez minutos puede duplicar su belleza. Después de una aplicación de Danderine su cabello se le pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá como el de una niña. Pruebe también esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto limpiará el cabello de polvo, suciedad y de grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará la belleza de su cabello. Aquellos que han descuidado su cabello, o que por el contrario lo tienen áspero, descolorido, seco, quebradizo o delgado, tendrá una sorpresa agradable al conocer esta nueva preparación. Además de embellecerlo, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia,

purifica y fortalece el cráneo, evitando la picazón y que se caiga el cabello; pero lo que más le agradará será ver cómo, después de usarlo unas cuantas semanas, el cabello se le pondrá fino y suave, y le saldrá cabello nuevo por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Si quiere Vd. tener una bellera bonita, lustrosa y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y úselo según las instrucciones que acompañan a cada frasco.

Para informes: L. F. MILLANTA — Rivadavia 1255 - Bs. As.